

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

Etapas de la revelación

12 de diciembre de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

En la pasada catequesis hablé de la revelación de Dios como comunicación que Él hace de Sí mismo y de su designio de benevolencia y de amor. Esta revelación de Dios se introduce en el tiempo y en la historia de los hombres, historia que se convierte en *«el lugar donde podemos constatar la acción de Dios en favor de la humanidad. Él se nos manifiesta en lo que para nosotros es más familiar y fácil de verificar, porque pertenece a nuestro contexto cotidiano, sin el cual no llegaríamos a comprendernos»* (Juan Pablo II, Encíclica *Fides et ratio*, 12).

El evangelista san Marcos —como hemos oído— refiere, en términos claros y sintéticos, los momentos iniciales de la predicación de Jesús: *«Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios»* (Mc 1,15). Lo que ilumina y da sentido pleno a la historia del mundo y del hombre empieza a brillar en la gruta de Belén; es el misterio que contemplaremos dentro de poco, en Navidad: la salvación que se realiza en Jesucristo. En Jesús de Nazaret, Dios manifiesta su rostro y pide al hombre la decisión de reconocerle y seguirle. La revelación de Dios en la historia, para entrar en relación de diálogo de amor con el hombre, da un nuevo sentido a todo el camino humano. La historia no es una simple sucesión de siglos, años, días, sino que es el tiempo de una presencia que le da pleno significado y la abre a una sólida esperanza.

adorarle como el único y verdadero Señor. Israel no se pone en camino para ser un pueblo como los demás, para tener también él una independencia nacional, sino para servir a Dios en el culto y en la vida, para crear para Dios un lugar donde el hombre esté en obediencia a Él, donde Dios esté presente y sea adorado en el mundo; y, naturalmente, no solo para ellos, sino para testimoniarlo entre los demás pueblos. La celebración de este acontecimiento es hacerlo presente y actual, pues la obra de Dios no desfallece. Él es fiel a su proyecto de liberación y continúa persiguiéndolo, a fin de que el hombre pueda reconocer y servir a su Señor y responder con fe y amor a su acción.

Dios, por lo tanto, se revela a Sí mismo no solo en el acto primordial de la creación, sino también entrando en nuestra historia, en la historia de un pequeño pueblo que no era ni el más numeroso ni el más fuerte. Y esta revelación de Dios, que se desarrolla en la historia, culmina en Jesucristo: Dios, el Logos, la Palabra creadora que está en el origen del mundo, se ha encarnado en Jesús, que ha mostrado el verdadero rostro de Dios. En Jesús se realiza toda promesa; en Él culmina la historia común de Dios y la humanidad. Cuando leemos el relato de los dos discípulos en camino hacia Emaús, narrado por san Lucas, vemos cómo emerge claramente que la persona de Cristo ilumina el Antiguo Testamento, toda la historia de la salvación, y muestra el gran proyecto unitario de los dos Testamentos, muestra su unicidad. Jesús, de hecho, explica a los dos caminantes perdidos y desilusionados que es el cumplimiento de toda promesa: *«Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a Él en todas las Escrituras»* (Lc 24,27). El evangelista refiere la exclamación de los dos discípulos tras haber reconocido que aquel compañero de viaje era el Señor: *«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»* (Lc 24,32).

El *Catecismo de la Iglesia Católica* resume las etapas de la revelación divina mostrando sintéticamente su desarrollo (cf. nn. 54-64): Dios invitó al hombre desde el principio a una íntima comunión con Él, y aun cuando el hombre, por su propia desobediencia, perdió su amistad, Dios no le dejó en poder de la muerte, sino que ofreció muchas veces a los hombres su alianza (cf. *Misal Romano*, Plegaria Eucarística IV). El *Catecismo* recorre el camino de Dios con el hombre desde la alianza con Noé tras el diluvio a la llamada a Abraham a salir de su tierra para hacerle padre de una multitud de pueblos. Dios hace de Israel su pueblo a través del acontecimiento del Éxodo, la alianza del Sinaí y la entrega, por medio de

(**Saludo**, en español, a los peregrinos de lengua española, en particular a los participantes en el Congreso Internacional promovido por la Comisión Pontificia para América Latina; a las autoridades civiles y eclesiásticas, y a los fieles del Estado de Michoacán, México; y, en italiano, a los jóvenes, los enfermos y los recién casados)